





La vergüenza es azul



Isolda Patrón-Costas
La vergüenza es azul



menos**cuarto**

Un jurado formado por Angélica Tanarro, Gustavo Martín Garzo, Espido Freire, Noemí Sabugal y José Ángel Zapatero adjudicó a *La vergüenza es azul*, escrito por Isolda Patrón-Costas, el 73 Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid, organizado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Ayuntamiento de Valladolid.

© Isolda Patrón-Costas
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2026

ISBN: 978-84-19964-48-9
Dep. Legal: P-75/2026

Diseño de colección: Echeve
Imagen de cubierta: @roiz.arte
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S. L.
Italia, 49
34004 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

«Decir la verdad requiere una
infinidad de mentiras.
Así de complejo es este mundo.»

OSCAR WILDE

Capítulo 1

Era domingo y compartíamos un apacible momento de lectura.

—En los Balcanes, para decir te quiero, dicen: *Kao Malo Vode Na Dlanu* —le dije dejando por un instante lo que estaba leyendo—, «Te sostengo como un poco de agua en la palma de la mano».

—Shirati ha muerto —me contestó con la mirada perdida.

Llevaba tiempo sin ver el vacío en los ojos de mamá. Permanecí en silencio.

—¿No vas a decir nada? —insistió mientras sostenía todavía el periódico.

Hacía años que no mencionaba a Shirati, y hacía años que para mí estaba muerta. Lo último que esperaba en mis días de vacaciones era que me hablara de ella.

—Lo único que puedo decirte es que me alegro —respondí.

No quise preguntarle de qué había muerto, no me interesaba.

—Te empeñas en torturarme por algo que ya pasó —me contestó con el rostro transfigurado.

—Mamá, yo no quiero saber nada de esa señora.

Me quedé pensando en lo que le había dicho sin que ella prestara atención: quererla era un continuo ejercicio de equilibrio, como intentar atrapar el agua sin que se te escurriera de las manos.

Conocía bien sus prolongados silencios antes de que estallara todo en mil pedazos. Cuando una emoción se le quedaba atascada, empezaba una partida verbal imposible de ganar: dijeras lo que dijeras, ella iba a acorralarte hasta dejarte ahogada y fulminarte en un jaque mate. Yo había aprendido a adelantarme a esas situaciones.

—Me voy a dar una vuelta —le dije y salí a pasear mi inquietud por Granada.

Había llegado de San Francisco hacía apenas una semana y ya nos estábamos peleando.

Empecé a andar sin pensar bien hacia dónde me dirigía, cogiendo todas las cuestras que encontraba, como si el esfuerzo de subir me ayudara a aplacar la ansiedad. Primero unos escalones, después la calle Escoriaza y enseguida la Cuesta Santo Domingo, directa hasta arriba. Las puertas de mi antiguo colegio estaban abiertas, aun si el curso escolar no había empezado. Treinta años atrás, recién llegada de Barcelona, yo había jugado en ese recreo. A la difícil edad de quince había cambiado mis compañeros del instituto catalán y la vida con mi padre, por un colegio de monjas junto a mi madre. Las cosas en casa cambiaban de repente y, así, después de haber compartido siete años con papá, mi hermana Martina y yo habíamos pasado a vivir con mamá y habíamos llegado al Santo Domingo, que fue como adentrarse en uno de los tantos relatos antiguos que

se escuchaban de los tiempos de las monjas. Siempre había pensado que eso ya no existía. A Martina y a mí nunca nos bautizaron y todo lo que sabíamos de la religión católica era que algunos niños de vez en cuando celebraban algo que se llamaba «comunión», cuyo significado era que cuando llegaban el lunes a clase tenían un montón de regalos. Pese a todo ello, mamá había considerado que, si bien en nuestra primera infancia no había querido saber nada de la Iglesia, a partir de ese momento había que cambiar de tercio porque las monjas tenían unos valores de vida y una coherencia. Era uno de los tantos bandazos a los que mi hermana y yo estábamos acostumbradas desde que nuestros padres se habían separado.

Ir a comprar el uniforme me había parecido divertido. Era un disfraz, un juego, porque yo era tan inconsciente entonces, que tener que llevar todos los días las mismas prendas jamás se me antojó como una imposición, sino más bien como la comodidad de no tener que pensar, a las ocho de la mañana y muerta de sueño, qué iba a ponerme.

Seguía subiendo la cuesta, con el colegio ya algo atrás, y un paso sucedía a otro paso, como los años que fueron transcurriendo desde aquellos quince hasta mis actuales cuarenta y cinco. Había recorrido el mundo, corriendo como Forrest Gump, y volvía aquí ahora. Granada era mi madre, mi falta de adolescencia. Curiosa palabra, adolescencia, adolecer —dichas con la pronunciación argentina de mamá sonaban prácticamente igual; carencia, sí, porque a mí me faltaba todo—.

Pensé en ese niño en cuclillas pintado en la pared cercana a la actual casa de mamá. Cuando yo vivía en Granada no existía todavía el Niño de las Pinturas. Ahora sus colores, sus figuras melancólicas recorrían la ciudad y te pellizcaban. Ese niño enorme, que ocupaba, agazapado, una pared entera, parecía estar esperando, como yo, esperando a que todo pasase, a que la vida fuera más fácil, a crecer y entender aquello que se suponía que, siendo mayor, entendería. Y aquí seguía yo, bebiéndome las calles de Granada, entreteniéndome mi angustia. A veces pensaba que, si uno supiera qué busca, a qué tiene miedo, quizás deambularía menos. Me había ido de casa muy joven para encontrar mi camino, sin darme cuenta de que, si no deshacía antes los nudos, ese camino me traía de vuelta aquí.

Llegué por fin a los bosques: pasado el hotel Alhambra Palace empezaba ese túnel imaginario que yo atravesaba todos esos años atrás, cuando la Cuesta Gomérez era transitable aún y yo me introducía por el arco de la Puerta de las Granadas volando con mi Vespino sobre un colchón de hojas marrones que caían de los árboles. Era como adentrarse en un universo distinto, un viaje a caballo, un momento a toda velocidad en la luz tenue que se colaba entre las ramas, para luego encontrarme, ya bajada la cuesta, con la bofetada de realidad que sor Coral nos daba con sus clases de latín y su mal carácter.

«Shirati ha muerto.» Las palabras de mamá se repetían en mi cabeza.

La llamaban «la maga» porque era fan del personaje del mago en la película *8 ½* de Fellini. Siempre había pen-

sado que eso explicaba muchas cosas. A Shirati le fascinaba la escena donde el ilusionista hipnotizaba a la gente; imitaba su expresión excéntrica poniendo la misma sonrisa inquietante, los ojos abiertos sin pestañear y la mirada fija en el infinito. Al cabo de unos segundos, volvía a su semblante relajado y te observaba en silencio. Ella sabía que producía en la gente una mezcla de misterio y miedo, y lo disfrutaba. Me resultaba increíble cómo cuando uno se creía totalmente un papel, todos los demás respondían a él. Le gustaba comparar el arte con la religión, al artista con un dios todopoderoso, un prestidigitador fenomenal. Jamás hablaba de normas o de actos de fe. Sabía disfrazar su manipulación de un discurso mucho más aceptado que el puramente religioso. Supongo que ese era el gancho de las buenas sectas, saber dar con la justa medida de las cosas. Y ese era el peligro de ciertas personas ilustradas y con ambición de poder: que sabían que contaban con más recursos para seducir e hipnotizar, para transformar la realidad ante tus propias narices. Shirati era una excelente funambulista: mantenía el equilibrio, andaba por la cuerda de tu voluntad con pasos sutiles, imperceptibles, hasta que te atrapaba por completo. Pero en todo ilusionista el principal poder estaba en no perder la atención de quien le observaba; el truco era conducir esa mirada. La mía estaba puesta en mi madre y por eso nunca caí en su encantamiento.

Martina y yo habíamos desembarcado en Granada como el que llega a un lugar lejano y extraño, como el que se dispone a palpar una promesa: Granada era el reencuentro con la madre, el regreso al hogar, un hogar descono-

cido que se ansía y se teme. No siempre los miedos son tangibles. Quizás por todo lo de intangible e inasible que tenía mi madre, despertaba en nosotras admiración y temor al mismo tiempo. Traíamos una sobredosis de ganas, de necesidad, de amor guardado que no habíamos podido dar ni sabíamos dosificar. Yo con la difícil adolescencia auestas, rompiendo la infancia a marchas forzadas, y Martina con sus diez años, pero escondida entre mis faldas, con la desorientación que conlleva un cambio así. Atrás quedaba Barcelona, papá y una cierta seguridad. Martina no recordaba el momento en que mamá había desaparecido y se había marchado «para buscar un mundo mejor». Eso había ocurrido a sus doce meses, que eran mis seis años. Nuestra madre había cruzado el océano rumbo a la Argentina, que en el imaginario familiar había pasado a ser una especie de Ítaca. Siempre me pregunté por qué ese «mundo mejor» estaba lejos de mí o de Martina, lejos de papá. Nos quedamos los tres lamiéndonos las heridas, esperando que, como el tango, algún día mamá volviera. Martina y yo éramos tan pequeñas, y papá... papá lloraba igual que un niño, fuera cual fuera su edad. Tardó un año en volver y, cuando lo hizo, papá consideró que era mejor que nosotras siguiéramos con él... Fue entonces cuando mamá se marchó a Granada y nos dejó en Barcelona. Yo tenía siete años y Martina dos.

Seguí subiendo, dejando la ciudad atrás, y me perdí a conciencia por entre caminos de tierra que me llevaron al viejo cementerio musulmán, o judío, no recuerdo bien. Me detuve un rato ahí y pensé en la muerte. Shirati segu-